

LA EXPEDICIÓN POR EL GRAN VERDE

EN EL TEMPLO FUNERARIO de la reina Hatshepsut, en Deir el-Bahari, hay unos relieves donde se narra la expedición a un país llamado Punt, seguramente situado entre Sudán y Eritrea, un viaje que refleja tanto el poder del Egipto de la época como su apetencia por el lujo y lo exótico. La expedición se llevó a cabo a través del «Gran Verde»,

es decir, del mar Rojo, siguiendo la costa africana. Allí los egipcios encontraron incienso y árboles de mirra, que con toda segu-

ridad fueron plantados en el templo de la reina: «Traen muchas maravillas y toda clase de productos típicos de la Tierra-de-dios a por los que tu Majestad les envió: montones de terrones de mirra y árboles de mirra fresca con cepellón, plantados en el patio de ceremonias para ser vistos por todos los dioses». Además de estos productos, los barcos fueron cargados con animales vivos como babuinos, monos y perros, madera de ébano, fragancias... y, evidentemente, oro. En los

La reina del Punt en los relieves del templo funerario de Hatshepsut, en Deir el-Bahari



DAGLI ORTI

relieves de Deir el-Bahari se puede ver incluso un pueblo puntita, con viviendas palafíticas (construidas sobre troncos, por encima del nivel del agua) de tejados cónicos. Se representan incluso las escaleras para acceder a las casas. También aparecen el rey de Punt, Paraju, y su esposa, la reina Aty, quienes saludan la embajada egipcia. Es interesante la manera en que ha sido retratada esta reina, con una obesidad extrema, atribuible a la enfermedad de la elefantiasis.

La inestabilidad política y económica caracterizaron la historia de la nueva dinastía XX, a la que perteneció el último gran faraón del Imperio Nuevo: Ramsés III (1184-1153 a.C.). Él fue quien, en un esfuerzo supremo y en el curso de un choque decisivo en el Delta —que es la primera batalla naval de la que la historia ha dejado testimonio—, derrotó a los Pueblos del Mar. Esta victoria, acompañada de sus triunfos en tierra, salvó a Egipto de la destrucción a la que se vieron abocados los estados del Mediterráneo oriental: los reinos micénicos, el Imperio hitita y los principados sirios habían sucumbido en el curso de las conmociones que acompañaron la irrupción de los Pueblos del Mar. Y aunque la civilización y el Estado egipcios sobrevivieron, Egipto perdió su imperio asiático en beneficio de los invasores.

LOS SACERDOTES DE AMÓN CONTROLARON A LOS FARAONES MEDIANTE LA TEOGAMIA, EL MATRIMONIO DIVINO DEL QUE SUPUESTAMENTE NACÍA EL REY

Tras Ramsés III (que murió víctima de un complot de palacio) se sucedieron las disputas dinásticas y las crisis políticas, en un declive imparable, y la dinastía XIX desapareció en medio de un intenso malestar social, dando paso al Tercer Período Intermedio hacia el 1069 a.C.

FARAÓN: EL CAMPEÓN DE EGIPTO

Si durante el Imperio Antiguo el faraón era considerado el dios viviente y durante el Imperio Medio su figura se humanizó, viéndose en él al pastor de su pueblo, durante el Imperio Nuevo —época de guerras y conquistas— el faraón es el guerrero que defiende a Egipto de sus enemigos, el más fuerte y el único que puede mantener el orden. Así lo recogen los epítetos con que se le designa, como «toro poderoso» o «el más fuerte del ejército». Sus innumerables victorias deben ser contadas, y durante todo el Imperio Nuevo prolifera una iconografía épica que le muestra siempre triunfador. Se le representa a gran tamaño, cogiendo con una mano un puñado de enemigos por sus cabelleras mientras que en la otra mano blande una gran maza contra ellos.

Pero este soberano invencible necesita legitimar su poder a través de la divinidad. En esta época el dios asociado a la monarquía es Amón, cuyo clero alcanza un gran poder, en especial por el hecho de controlar la coronación del rey mediante el rito de la teogamia o matrimonio divino, que reconocía la legitimidad del soberano. Y es que debido a los numerosos problemas sucesorios durante la dinastía XVIII los faraones necesitaban de algún apoyo «divino» para poder gobernar.

Así sucedió, por ejemplo, en el caso de la reina Hatshepsut. Esta era hija del faraón Tutmosis I y de su gran esposa, Amosis (hija del fundador de la dinastía), por lo que, por nacimiento, le habría correspondido reinar. Sin embargo, quien subió al trono tras casarse con ella fue su hermanastro Tutmosis II, hijo del mismo padre y de una esposa secundaria. Cuando Tutmosis II murió, su hijo Tutmosis III, un niño, quedó relegado a un segundo término. No era hijo de Hatshepsut, sino de una esposa secundaria, lo que significa que por sus venas no corría sangre real.

En un principio Hatshepsut asumió la regencia, pero pasados unos años, se proclamó ella misma «faraón». Para ello tuvo que contar necesariamente con el apoyo del clero, que aseguró su legitimidad vinculando directamente su persona a la divinidad de Amón. En efecto, los relieves de su templo funerario en Deir el-Bahari justifican su